

Alégrense en el Señor

Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Un Virus Peor Que El COVID-19



En su homilía del Domingo de la Divina Misericordia, el Papa Francisco dijo: "Ahora, mientras esperamos una lenta y ardua recuperación de la pandemia, existe el peligro de que olvidemos a los que se quedaron atrás". Fue más allá y dijo que después del coronavirus, "el riesgo es que entonces podamos ser golpeados por un virus aún peor".

¿Qué virus podría ser peor que el COVID-19? El mundo entero se ha detenido a medida que miles de personas se han infectado por esta enfermedad mortal, y muchos más de nosotros hemos perdido sus trabajos y nos hemos visto obligados a vivir en aislamiento y con miedo. ¿Qué podría ser peor que esto?

La respuesta del Papa Francisco es: "El virus de la indiferencia egoísta". Como explica nuestro Santo Padre, "Un virus propagado por el pensamiento de que la vida es mejor si me va mejor a mí, y que todo estará bien si me va bien a mí." Esta es la realidad del pecado que dice el Papa Francisco "comienza con egoísmo y termina seleccionando a una persona sobre otra, descartando a los pobres y sacrificando en el altar del progreso a los que quedan atrás".

El egoísmo y la indiferencia son peores que el COVID-19 porque infectan nuestras mentes, nuestros corazones y nuestras almas. Cuando nos centramos exclusivamente en nuestra propia salud y seguridad, en nuestra propia comodidad y seguridad, perdemos de vista lo que debería importar más en nuestras vidas—nuestra relación con Dios y con los demás.

Recuerda las palabras del poeta inglés del siglo XVII John Donne:

*Ningún hombre es una isla entera por sí mismo; cada hombre
es un pedazo del continente, una parte del todo;
si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa
queda disminuida, como si fuera un promontorio,
o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia;
la muerte de cualquier hombre me disminuye,
porque me encuentro unido a toda la humanidad.
Por eso, nunca preguntes por quién
doblan las campanas; doblan por ti.*

Esto es lo que el Papa Francisco quiere que recordemos: No importa que mal se ponga la situación como resultado de guerras, hambrunas, plagas o la inhumanidad de la humanidad, no estamos solos. Como nuestro Santo Padre insiste, *"no hay diferencias ni fronteras entre los que sufren –todos somos frágiles, todos iguales, todos valiosos"*.

Recuerdo una cita del libro de Viktor Frankl, *El Hombre en Busca de Sentido*. Frankl, un sobreviviente de los campos de exterminio nazis, se preguntó cómo algunos de los que pasaron por horrores indescriptibles no fueron derrotados, sino más bien ennoblecidos por el tormento. El escribió: "Todo se le puede quitar a un hombre excepto una cosa: la última de las libertades humanas— elegir su propia actitud en cualquier conjunto de circunstancias, elegir su propio camino".

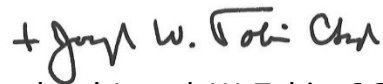
El pecado es peor que cualquier pandemia porque nos aísla de maneras que no podemos curar con nuestros propios esfuerzos. A través de la indiferencia egoísta a las necesidades de los demás, actuamos como si fuéramos islas que son totalmente autosuficientes. Negamos nuestra interdependencia como mujeres y hombres que están conectados entre sí porque todos somos hijos de Dios. Olvidamos que la pasión, muerte y resurrección de Jesús nos han unido a todos en un solo Cuerpo de Cristo nuestro Redentor.

La actitud de indiferencia egoísta no se limita a los individuos. Las familias, las comunidades e incluso las naciones también están tentadas a cerrarse a sí mismas y a descuidar las necesidades de los demás—extranjeros, emigrantes y aquellos que son diferentes de nosotros. Este no es el amor al prójimo que estamos llamados a ejemplificar como discípulos misioneros de Jesucristo. No es la lección que enseña la parábola del Buen Samaritano quien hizo todo lo posible para ayudar a un extraño.

Durante esta mortal pandemia, pidamos a nuestra Santísima Madre María, a quien re-consagramos nuestra nación este día (1 de mayo de 2020), que nos ayude a elegir una actitud de genuina y amorosa preocupación por todos nuestros hermanos y hermanas, especialmente los pobres y vulnerables.

Ustedes están en mis oraciones de una manera especial durante este tiempo Pascual. Por favor, recen también por mí.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Homilía del Domingo de Pascua
Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark
Catedral Basílica del Sagrado Corazón
12 de abril, 2020



*(La siguiente es la homilía del cardenal Tobin por el Domingo de Pascua.
Para verla en línea ir a www.youtube.com/NwkArchdiocese)*

Si esto es Pascua, ¿por qué todavía se siente como Cuaresma?

Ninguno de los evangelios relata el momento de la resurrección, es decir, el levantamiento de Jesús de entre los muertos. Hay dos razones para esto. Primero, nadie estaba presente para atestiguarlo. Hubo testigos de la tumba vacía y sus apariciones, pero estas son las secuelas de la resurrección, no el evento en sí. En segundo lugar, la resurrección es la transformación en un modo completamente nuevo de existencia – no sólo una especie de resucitación a la vida previa. Tal vez esta sea la razón por la que nadie reconoce inmediatamente al Resucitado.

Todos los primeros testigos están de acuerdo en que la tumba que recibió a Jesús estaba vacía. Entre los cuatro Evangelios hay otros puntos de acuerdo. Los primeros testigos que llegaron al sepulcro fueron mujeres, que llevaron la noticia de la tumba vacía a otros discípulos. También hay divergencias notables.

En los otros tres evangelios, las mujeres se acercan a la tumba a la luz del día. Marcos dice que "el sol había salido". Mateo describe el sol como "amaneciendo", y Lucas se refiere a la madrugada temprano "cuando el sol había salido". La luz del día: una época en la que la esperanza y la fe están en el aire. No así en el relato que escuchamos hoy. El Evangelio de Juan recuerda que María Magdalena fue sola a la tumba mientras aún estaba oscuro. En el Evangelio de Juan la oscuridad es un signo de la ausencia de fe. María ciertamente saldrá a la luz, pero tiene un trayecto que recorrer.

El camino hacia la fe primero la aleja de la tumba vacía. Ella corre hacia Pedro y el discípulo a quien Jesús amó y les informa que alguien ha entrado al sepulcro y se ha llevado el cuerpo de Jesús. Significativamente, ella informa: "No sabemos dónde lo pusieron" – incluyendo a los otros dos discípulos en la oscuridad de la incredulidad.

Sin embargo, los dos invierten el recorrido de María Magdalena, llevándonos de vuelta a la tumba vacía. Pedro entra primero en la tumba, y el Evangelio tiene cuidado de notar un detalle extraño: la ropa de la muerte está vacía. No sólo vacía, sino que alguien las ha doblado y colocado en diferentes lugares; la tela que había estado alrededor de la cabeza de Jesús ha sido "enrollada y puesta aparte."

Ahora el Discípulo Amado entra en la tumba y ve lo que Pedro vio: los signos de la muerte, vacíos, doblados y apartados. Ya no son necesarios. María Magdalena tenía razón: alguien que no fue Jesús ha estado activo en el sepulcro antes que ellos. Con gran sencillez, Juan describe lo que le sucedió al segundo discípulo, a quien Jesús amaba: "Vio, y creyó."

¿Qué fue lo que vio? Escuchamos los detalles de una tumba vacía y la ropa de entierro ahora inútil. Pero no vio a Jesús resucitado. Un detalle absolutamente importante y la lectura del Evangelio del próximo domingo nos dirá por qué. Jesús llamará "bendecidos" "aquellos que no han visto pero han creído." Mis amigos, eso nos incluye a nosotros.

Como todos los discípulos que nos han precedido, en la Pascua nos unimos ante una tumba vacía. La fe que ilumina esa tumba no es algo instantáneo, una especie de Nescafé espiritual o tapioca instantánea. Al igual que María Magdalena, Simón Pedro y Juan, y nuestras madres y padres antes que nosotros, necesitamos viajar – siempre viajando de una oscuridad de incredulidad a la bendita luz de la fe, viendo algo más de lo que a simple vista se ve, conectando puntos de los eventos que la vida nos lanza.

Esta Pascua, comunidades de fe en todo el mundo se encuentran rodeadas de edificios que a primera vista parecen tumbas vacías. Nuestras sinagogas, mezquitas e iglesias, antes iluminadas y ruidosas con oración y alabanza, han estado extrañamente silenciosas. El silencio es más resonante en la Pascua, haciendo que este gran día se sienta como una extensión inoportuna de la Cuaresma. Pero, miremos de nuevo.

Aquel que estuvo activo en la tumba de Jesús antes de la llegada de los discípulos sigue trabajando, protegiendo a todos los que caminan a la sombra de la muerte, convocando a la gente de las tinieblas a la luz. El amor que llamó a Jesús desde la tumba está obrando en esta catedral vacía y, más allá de sus muros, entre todos los que están unidos por la fe que este magnífico edificio representa y celebra. Ese amor nos pide que nos quedemos en casa, cuando todo instinto social y religioso nos llama a estar juntos y abrazarnos en la paz que sólo Cristo puede dar. Debido a la tumba vacía, todos los sacrificios que el amor nos hace hacer en la Pascua de 2020 están unidos a Aquel que mostró el amor más grande de todos: dar la vida por sus amigos.

A pesar de todas nuestras limitaciones actuales, algo se ha encendido esta Pascua, una luz más fiel que la estrella de la mañana que nunca se pone. Jesús ha regresado de entre los muertos y ha arrojado su luz de paz sobre la humanidad. Esta es la Luz que estábamos esperando.

Cristo nuestra Pascua ha sido sacrificada. ¡Celebremos la fiesta con alegría!

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



CARTA DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A LOS FIELES POR EL MES DE MAYO 2020

Queridos hermanos y hermanas,

Se acerca el mes de mayo, un tiempo en el que el Pueblo de Dios expresa con particular intensidad su amor y devoción por la Santísima Virgen María. Es tradicional en este mes rezar el

Rosario en casa con la familia. Las restricciones de la pandemia nos han hecho llegar a apreciar aún más este aspecto "familiar", también desde el punto de vista espiritual.

Por esta razón, quiero animar a todos a redescubrir la belleza de rezar el Rosario en casa en el mes de mayo. Esto se puede hacer como un grupo o individualmente; puedes decidir de acuerdo a tus

propias situaciones, aprovechando al máximo ambas posibilidades. La clave para hacer esto es siempre la simplicidad, y es fácil también encontrar en Internet buenos modelos de oraciones a seguir.

Además, les ofrezco dos oraciones a la Virgen para que puedan recitar al final del Rosario, y que yo mismo voy a rezar en el mes de mayo, en unión espiritual con todos ustedes. Las incluyo con esta carta para que estén disponibles para todos.

Queridos hermanos y hermanas, contemplar el rostro de Cristo con el corazón de María, nuestra Madre, nos unirá aún más como familia espiritual y nos ayudará a superar este tiempo de prueba. Los guardo a todos en mis oraciones, especialmente a los que más sufren, y les pido, por favor, que recen por mí. Les doy las gracias, y con gran afecto les envío mi bendición.

Roma, San Juan de Letrán, 25 de abril de 2020. Fiesta de San Marcos Evangelista

Papa Francisco

✠ Primera Oración ✠

Oh María,
tú resplandesces siempre en nuestro camino
como un signo de salvación y esperanza.
A ti nos encomendamos, Salud de los enfermos,
que al pie de la cruz
fuiste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.

a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que Jesús nos dice,
Él que tomó nuestro sufrimiento sobre sí mismo
y se cargó de nuestros dolores
para guiarnos a través de la cruz,
a la alegría de la resurrección. Amén.

“Protectora del pueblo Romano,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que lo concederás
para que, como en Caná de Galilea,
vuelvan la alegría y la fiesta
después de este tiempo de prueba.

Bajo tu amparo nos acogemos,
Oh Santa Madre de Dios;
No desprecies nuestras súplicas
en las necesidades,
antes bien líbranos
de todo peligro,
Oh Virgen Gloriosa y Bendita.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,

✠ Segunda Oración ✠

“Bajo tu amparo nos acogemos, Oh Santa
Madre de Dios.”

En la dramática situación actual, llena
de sufrimientos y angustias que oprimen al
mundo entero, acudimos a ti,
Madre de Dios y Madre nuestra, y buscamos
refugio bajo tu protección.

Virgen María, vuelve a nosotros tus ojos
misericordiosos en esta pandemia de
coronavirus. Consuela a los que se encuentran
confundidos y lloran por la pérdida de sus seres
queridos, a veces sepultados de un modo que
hiere el alma. Acércate a aquellos que están
preocupados por sus seres queridos que están
enfermos y que, para evitar el contagio, no
pueden estar cerca de ellos. Infunde confianza a

quienes viven en el temor de un futuro incierto y de las consecuencias en la economía y en el trabajo.

Madre de Dios y Madre nuestra, implora al Padre de misericordia que esta dura prueba termine y que volvamos a encontrar un horizonte de esperanza y de paz. Como en Caná, intercede ante tu Divino Hijo, pidiéndole que consuele a las familias de los enfermos y de las víctimas, y que abra sus corazones a la esperanza.

Protege a los médicos, a los enfermeros, al personal sanitario, a los voluntarios que en este tiempo de emergencia combaten en primera línea y arriesgan sus vidas para salvar otras vidas. Acompaña su heroico esfuerzo y concédeles fuerza, bondad y salud continuas.

Permanece junto a quienes asisten, noche y día, a los enfermos, y a los sacerdotes que, con solicitud pastoral y compromiso evangélico, tratan de ayudar y sostener a todos.

Virgen Santa, ilumina las mentes de los hombres y mujeres de ciencia, para que encuentren soluciones efectivas para vencer este virus.

Asiste a los líderes de las naciones, para que actúen con sabiduría, diligencia y generosidad,

socorriendo a los que carecen de lo necesario para vivir, planificando soluciones sociales y económicas de largo alcance y con un espíritu de solidaridad.

Santa María, toca las conciencias para que las grandes sumas de dinero utilizadas en el desarrollo y la acumulación de armas sean destinadas a promover estudios efectivos para la prevención de futuras tragedias similares.

Madre Amantísima, ayúdanos a comprender que todos somos miembros de una gran familia y reconozcamos el vínculo que nos une a todos, para que, con un espíritu fraterno y solidario, podamos ayudar a aliviar las numerosas formas de pobreza y necesidad. Danos firmeza en la fe, perseverancia en el servicio y constancia en la oración.

María, Consuelo de los afligidos, abraza a todos tus hijos atribulados, haz que Dios nos libere con su mano poderosa de esta terrible pandemia para que la vida pueda reanudar su curso normal con serenidad.

Nos encomendamos a Ti, que brillas en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. ¡Oh Clementísima!, ¡Oh Piadosa!, ¡Oh Dulce Virgen María! Amén.

© Copyright - Librería Editorial Vaticana

Mi Oración para Ustedes: Una Comunión Espiritual

María, Madre de la Iglesia, a ti re-consagramos nuestra nación. Conviértenos en un pueblo que se preocupa profundamente el uno por el otro y por todos aquellos que llegan a nuestras fronteras—como lo hicieron nuestros antepasados—buscando mejores vidas para ellos y sus familias. Ayúdanos a desechar la indiferencia egoísta y a abrir nuestros corazones a las necesidades de todos nuestros vecinos aquí en casa y a través del mundo. †



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark